

EL BIPARTIDISMO IMPOSIBLE

LA cuestión de las mayorías y las minorías parlamentarias, desatada a raíz de la votación en las Cortes sobre el número necesitado por los partidos para formar grupos parlamentarios, sigue coleando. Tierno Galván, uno de los más directamente perjudicados con el resultado del voto, declara a Logos que tras la votación hay una operación política concreta del PSOE, que intenta el aislamiento del PSP. Es posible que el profesor Tierno detecte una parte del origen del problema. Pero pensamos que no es sólo eso, y que hay más iceberg del que parece. En todo caso, y si por cuestiones políticas simples nos guiásemos, habría que convenir en que los socialistas de Felipe tienen buenas razones tácticas que alegar a la hora de salvar su propósito de unir a todos los socialistas del país. La política —con todos los respetos para el profesor Tierno, uno de los políticos españoles que respeta con más escrúpulo la ética— no se define solamente, y desgraciadamente, por principios de moralidad pública, sino también por esos otros dos conceptos filosóficamente no muy definidos aún como son la estrategia y la táctica.

● El problema de la moción del PSOE, que ganó abrumadoramente en las Cortes, sobre la extensión de los grupos parlamentarios, radical, a mi entender, en otro lado. Ya los periódicos han opinado en extensión sobre la calidad de lo que, en buena ley democrática, es el respeto a las minorías. También los representantes de las nacionalidades en el Parlamento se han ocupado en denunciar lo que consideran un recorte de sus derechos y una limitación de sus posibilidades de acción en las Cámaras. El PSOE, por su parte, ha salido al paso denunciando «malentendidos» y señalando con apoyatura técnica que todo esto tiene buen remedio en el futuro.

● Hay, sin embargo, otros aspectos de ese voto que parecen haberse dejado pasar por alto y que tienen, desde luego, cierta

importancia. No nos referimos al hecho de que PSOE y UCD hayan sabido ponerse de acuerdo sobre la composición numérica de los grupos parlamentarios. En el Parlamento, todo género de alianza es coyuntural, y ya se sabe que, durante la campaña presidencial, nadie atacó tanto a Suárez como Felipe. Lo que ocurre es que, en el voto a que nos referimos, se deslizo el viento de un proyecto que, al menos, un veinte por ciento de los españoles —según las elecciones— no comparten en principio. Ese proyecto sería, ni más ni menos que la conversión progresiva del sistema español en un sistema bipartidista, un poco al estilo alemán o británico. No se acusa en estas líneas de que tal proyecto exista como acuerdo; pero, al menos, sí parece que la fuerza de las

alguna fórmula por el estilo: cuando en Portugal los socialistas de Soares tienen que recurrir cada día más al apoyo de otros grupos, aunque en este caso acuda siempre la derecha; cuando todo esto ocurre en Europa del sur, nosotros no podemos permitirnos en España el lujo, sin riesgo de pecar de «snobismo» político, de intentar la construcción de una estructura de poder definida por la alternancia de dos grandes partidos. Eso no tiene futuro.

● Sucede que ya no vivimos en la feliz inconsciencia de los años sesenta. No están Los Beatles a nuestro alrededor para hacernos bailar ni Mary Quant para erotizar las calles. Se quieren gobiernos amplios, acuerdos de ancha base, compromisos de par-

Javier MARTINEZ REVERTE

cosas y las afinidades coyunturales de dos partidos, tiren en esa dirección.

● Sin entrar a recordar que Cánovas, con la ayuda de Sagasta, ya intentó en su día aplicar un esquema británico para este país, y que ahí está la historia escrita de su fracaso; sin apoyarnos en datos económicos o sociales para afirmar que un proyecto a la alemana no nos parece hoy por hoy viable en España; sin libros de Historia sobre la mesa ni tratados de alta política, una cosa sí podemos afirmar. Hoy, en este sector de Europa que calificamos como Mediterráneo occidental, no parece viable el propósito de instrumentar un sistema de simple alternancia entre dos partidos, ignorando la crisis económica, social y política que ya vivimos, y que ha traspasado el umbral de la puerta de todos. Cuando en Italia se ha articulado un compromiso de Gobierno y hay ya officiosamente creado un «directorio» político entre seis partidos; cuando Andreotti da cuentas de esta experiencia a Giscard d'Estaing, que tal vez piensa ya en articular

tidos que solucionen una crisis que ya todos empezamos a sufrir y que solamente juntos podemos resolver. Eso vale también para los parlamentos: todos, mayorías y minorías, tienen un brazo con el que empujar la resolución de los problemas. En España hay ya experiencia —cuarenta años— sobre minorías de oposición que pueden llegar a comprometer los planes de opciones políticas que se apoyan, supuestamente, en el consenso de las grandes mayorías indiferentes. Esas minorías tienen voz en las Cortes. Y están hoy en los escaños para ayudar a resolver las cosas, no para quedar al margen. Todo el acento que en las Cortes han puesto algunos para delimitar los márgenes de acción de las mayorías y las minorías, bien podrían haberlo puesto en el esfuerzo por participar en el Gobierno. No es construyendo el bipartidismo como hoy se arreglan los problemas de España. Es modelando y condicionando a fondo las decisiones del Gobierno y, si se puede, desde el Gobierno mismo.